

SU PRIMERA VEZ SEGÚN PEÑAFIEL

EL MUNDO. 23/12/2007 Página, 46

JAIME PEÑAFIEL

Tenemos la misma o parecida edad. De todas las maneras, mi vida profesional corre pareja con la suya. Primero, como príncipe de su padre; más tarde, como príncipe de Franco y, por último, como rey constitucional de todos los españoles. He confesado, en más de una ocasión, que prefiero al hombre antes que al soberano. También que me seduce más Juanito -aquel niño solitario, traído, llevado, mimado, educado y manipulado- que Juan Carlos, el joven utilizado, engañado, insultado, sacrificado y desgraciado. Y los dos, más que el Rey, un hombre calculador, paciente, a veces excesivamente indiscreto, así como héroe y también traidor a la fuerza. Un hombre cuya vida responde al perfil que Herodoto da a quien es verdaderamente superior: aquel que razona y sopesa todos los riesgos posibles y que sabe ser audaz cuando actúa. No se puede negar que Don Juan Carlos ha sabido siempre poner en acción las tres facultades de todo hombre, según Platón: la razón que esclarece y domina, el coraje para actuar y los sentidos que obedecen.

Este artículo sólo pretende ser un gran anecdotario de una vida de 70 años, la de un hombre que, el 22 de noviembre de 1975, se convertía en Rey de todos los españoles -porque Franco así lo quiso- instaurando una monarquía, una ?nueva? monarquía surgida del 18 de julio en la persona de quien, tarde o temprano, sería rey al ser heredero de Don Juan (quien, siendo hijo de rey y padre de rey, nunca fue rey). Por todo esto, con el aval de mi experiencia como periodista, que fue creciendo al mismo tiempo que lo hacía Don Juan Carlos, quiero recordar la vida de este septuagenario. Aunque hoy es rey, también fue un niño con una infancia normal, de niño de clase acomodada con apuros para mantener las apariencias, un niño que, en aquella época, veía la vida tal como era, sin pasado ni futuro y gozaba del presente. Entonces, aún encontraba todo en nada. No conocía las tempestades secretas del odio y del amor. ¿Qué hubiera sido de Juanito de no haber sido rey?

Dios me ha colocado en este puesto y no puedo elegir. No pude ser abogado, ni economista, ni ingeniero porque tenía que ser rey. Nunca he podido responder, en concreto, a preguntas como ésta aunque no me la han hecho muchas veces. Quizá hubiese sido marino o aviador. No estoy seguro. Acaso, lo que quiero decir, es lo que me hubiera gustado hacer, que no sé si es lo que hubiera hecho?. Durante mucho tiempo no tuvo claro su futuro. Sobre todo, después de la boda de su primo Alfonso con la nietísima del General. Y, mucho más, antes de su proclamación como Príncipe de España. ¿Estoy cansado de esta situación. Quiero saber de una vez y para siempre qué voy a hacer. Estoy aburrido?, me diría en uno de nuestros encuentros en La Zarzuela con motivo de los cumpleaños del Príncipe y las Infantas, a las que yo acudía provisto de tarta y máquinas fotográficas.

El que hoy sea rey no es motivo para ocultar que Don Juan Carlos no era ninguna lumbrera. Ni falta que hacía para alcanzar el trono, por suerte para él, para su hijo y para la hija de su hijo. Basta con ser primogénito que, en el caso de Felipe, ni eso. Desgraciadamente, este único mérito ha permitido que verdaderos tarados mentales y morales se hayan sentado en el trono. Pero ésa es otra historia.

Un mal estudiante. No se escandalicen los lectores si les cuento que Don Juanito nunca hubiera sido rey de haber tenido que pasar una oposición, ya que era un mal estudiante. No lo digo yo, sino su primer profesor, don Eugenio Vegas, quien le amonestaría por su falta de aplicación: ? Por este camino, nunca podrá ganarse la vida y, tal como está el mundo, todos debemos prepararnos para poder trabajar de un modo u otro?.

Esta reprimenda le llegó tan al fondo de su amor propio que, al día siguiente, Juanito desapareció. Cuando regresó, a Villa Giralda, explicó que había estado en el Club de Tenis recogiendo pelotas. Y al tiempo que le mostraba a su profesor unas monedas que le habían dado por su trabajo, le respondió: ?Tu creías que no me podía ganar la vida... claro que sí?. Pero no con una actividad intelectual. Todo esto no significa que el rey de hoy sea, como

ayer, ¿un amor de niño hecho visible?. Lo que ocurre es que a aquel niño (y a todos los niños) como a los años, nunca más se les vuelve a ver.

En la vida de Don Juan Carlos, como en la de cualquier ser humano, ha habido, por supuesto, para todo una primera vez. Como ese amor prístino, primigenio, bobalicón y cándido ahí queda, como una reliquia en nuestra memoria aunque, a veces, el recuerdo del gozo ya no sea gozo mientras que el recuerdo del dolor es todavía dolor. Éste es el repaso de su vida, desde la primera comunión al primer nieto.

La primera corbata negra. Fue en 1946. Al ser preguntado al respecto por su tutor, Eugenio Vegas, Juanito le explicó: ¿Me ha dicho mamá que se ha muerto Morea, mi yegua, y comprenderás que lo menos que puedo hacer con lo que todos la queríamos es llevar 15 días de luto?. La primera vez que se separó de sus padres. Ocurrió en enero de 1946 para ingresar en el internado Ville Saint-James, regentado por los marianistas y situado en la localidad suiza de Friburgo. Allí residió desde enero a abril de ese año y, más tarde, desde septiembre de 1947 a junio de 1948. Los fines de semana los pasaba con su abuela, la reina Victoria Eugenia, que vivía muy cerca de allí, en Lausanne. Sus primeras lágrimas. Sucedió en el colegio un día que, por su mal comportamiento, su profesor no le dio ni las buenas noches. ¿Cuando me fui a la habitación, escuché a un niño que lloraba mucho y, además, durante largo tiempo. Tenía yo que tener el corazón muy duro para no comprender la pena de un niño como los demás. Hubiese sido muy fácil ir a consolarle, pero recordé las órdenes recibidas de sus padres: 'Juanito debe ser tratado como los demás'. Al día siguiente, antes de entrar en el dormitorio, se acercó y le preguntó a su profesor: 'Señor, ¿podré darle esta noche la mano y despedirme?'. 'Evidentemente, hoy te has portado muy bien?'. Su primer viaje solo en avión. Lo realiza en abril de 1946, cuando, desde Suiza, se traslada a Portugal. Obligado a viajar separado de su hermano Alfonso, porque así lo decidió la Reina Victoria Eugenia, siguiendo una de las tantas reglas a las que se someten las familias reales. La primera carta a los Reyes Magos. Como la festividad de 1947 coincidió con su primera comunión -por la que recibió muchos regalos- la carta que Juanito escribió a Melchor, Gaspar y Baltasar fue, más bien, modesta: ¿Queridos Reyes, os escribo porque a lo mejor me traéis algo. Pero os digo que no he sido bueno y no tenéis que darme nada. Sólo carbón. Si me permitís voy a pedir os unas cositas: una escopeta de aire comprimido, una pistola con balines y una cosa que se pone en los oídos con una antena con la que se puede oír la radio?. La primera comunión. Fue el 5 de enero de 1947, el mismo día que cumplía 8 años. La hace vestido de marinerito. Recibió una gran cantidad de regalos: una silla de montar, una tienda de campaña, un balandro, una bicicleta y un tren que se conservó durante mucho tiempo en Villa Giralda. La primera promesa incumplida. Se produce en 1947, aunque luego habría más. Durante su estancia en el colegio de Friburgo se enteró de las tensiones políticas que mantenían a su padre en el exilio y, como niño e hijo amantísimo, no se le ocurrió otra cosa que prometer, solemnemente, ante Dios que no comería bombones hasta que su padre regresara a España. Su preceptor tuvo que intervenir: ¿Me temo, don Juanito, que va a pasar mucho tiempo sin comer bombones?. ¿Yo he hecho la promesa y tengo que cumplirla. No puedo volverme atrás. ¿Qué hago??. ¿Consulte con su confesor y que él le aconseje?. Éste le levantó la promesa y le aconsejó que no hiciera ninguna cuyo plazo de cumplimiento fuera mayor de un día. El primer libro que leyó. Uno de la serie de Tarzán. También le gustaba leer a Emilio Salgari. Pero el que entonces prefería era Platero y yo. La primera vez que ingresó en un hospital. En enero de 1948, a causa de una otitis que exigió una intervención quirúrgica y su permanencia en el centro hospitalario durante 15 días. La primera vez que viajó a España. El 9 de noviembre de 1948, tras un acuerdo entre su padre y el general Franco para que realizara aquí sus estudios. La primera vez que cobró una pieza cazando. Fue el 14 de noviembre de 1948, en la finca de El Chaparral del Rincón. Se trató de dos liebres. La primera vez que vio a Franco. El 24 de noviembre de 1948, en el Palacio de El Pardo. El único recuerdo que guarda fue ver un ratón paseándose tranquilamente por el despacho. Su primera colección. De monedas. La primera vez que vistió esmoquin. En agosto de 1954, cuando tenía 16 años, durante un crucero por las islas griegas, a bordo del Agamenón y organizado por la reina Federica. Acudió a comprar el esmoquin en compañía de su profesor, José Garrido, a una sastrería de San Sebastián, ya que aquel año se encontraba estudiando en el Palacio de Miramar. La primera vez que se afeitó. En la Academia Militar de Zaragoza, en 1955. El barbero se llamaba Prudencio Mur. Dicen que don Juan Carlos aún conserva la navaja.

La primera gamberrada. Destrozando la cristalera de la galería del patio de la Academia Militar, disparando petardos, con motivo del día de Santa Bárbara. Fue castigado por ello. Su primera vez en el calabozo. Encontrándose en la enfermería de la Academia Militar, enfermo de hepatitis, no se le ocurrió otra cosa que escaparse en pijama para ver pasar la vuelta ciclista en la que corrían Bahamontes y Loroño. Le sancionaron con dos días de calabozo al que tuvo que llevar su colchón y su almohada. Su primer carné de conducir. Lo obtuvo el 5 de enero de 1956, el día que cumplía 18 años. Se lo regaló el preceptor de entonces, el general Martínez Campos, duque de la Torre. El primer coche que condujo. Ya tenía carné, pero no tenía coche. Y un día, a la puerta del Gran Hotel de Zaragoza, donde se hospedaba los días libres de la Academia, vio uno de los más espectaculares coches que se han fabricado en España: un Pegaso deportivo. En esas estaba cuando apareció el dueño. ¿Te gusta?, le preguntó, al tiempo que le ofrecía las llaves para que lo probase. Lo probó sin saber quién era aquel joven moreno, muy moreno, propietario del coche. Se trataba de un rico notario granadino y republicano que tendría un gran protagonismo político en la Transición. Su nombre, Antonio García Trevijano. El primer coche propio. Lo compró en 1969. Se trataba de un Austin Mini por el que pagó 100.000 pesetas. Hoy lo conserva un taxista llamado Pedro Molina Padilla. Su primera gran tragedia familiar. Sucedió el 29 de marzo de 1956, Jueves Santo, a las 8 de la tarde. La pistola que manejaba junto a su hermano, en una sala de Villa Giralda, se dispara casualmente y la bala se incrusta en la frente del infante Alfonsito. El primer gran amor. Fue la princesa María Gabriela de Saboya, en 1958. El primer baile con la princesa Sofía. En 1958, en el castillo alemán de Althausen, con motivo de la boda de uno de los hijos de los duques de Wüttemberg. La segunda vez fue en Londres, en 1961, en la boda de los duques de Kent, donde se inició el romance que acabaría en boda el 14 de mayo de 1962. La primera vez que lució un sombrero de copa y una flor en el ojal. Fue en Londres, en abril de 1963, con motivo de la boda de la princesa Alejandra de Kent. El primer juramento que tampoco pudo cumplir. El 23 de junio de 1969, de rodillas y ante Franco. Juró cumplir las Leyes Fundamentales del Movimiento. Cuando el 2 de noviembre de 1975 fue proclamado Rey, afortunadamente, actuó en contradicción con tal juramento. La primera vez que le hacen padre. El 20 de diciembre de 1963, con el nacimiento de la Infanta Elena. La primera vez que le hacen suegro. El 18 de marzo de 1995, cuando la Infanta Elena se casa con Jaime Marichalar. La primera vez que le hacen abuelo. Al nacer Juan Froilán, el 17 de julio de 1998. Y se supone que también tuvo que haber una primera vez en otras muchas cosas...

Señor: y, por primera vez, el próximo 5 de enero os convertiréis en un joven septuagenario, al cumplir 70 años en plenitud de forma física y mental, a pesar de lo que piensen algunos. Con tal motivo, espero y deseo que Vuestra Majestad y este periodista sigamos cumpliendo muchos años. Y como las expectativas de vida son cada vez más largas, no me cabe la menor duda que celebraremos los 80, los 90 y hasta los 100. Y Vos, reinando. Por el bien de España y de la Monarquía. ¡Larga vida a Su Majestad!, y que yo lo vea.